

De 34 años, ingeniero informático de profesión y apasionado de la lectura, se ha decidido a plasmar historias sobre el papel. Ha sido ganador del Concurso de Relatos Cortos ASADE sobre el antiguo Egipto, 2007 y 2º premio de relato corto en el VI Certamen Literario CSCD "Ciudad del Aire" - 2008

Raúl Escamilla Becerra

Octavo Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA REVISIÓN

—Buenas tardes, ¿se puede, profesor Peláez?

—Pues depende. ¿Quién pregunta eso?

—Soy un alumno suyo, profesor, y querría hablarle acerca de la calificación de mi último examen. Mi nombre es Alejandro Guzmán.

—Lamento decirle, señor Guzmán, que no estamos en horarios de tutoría. Le rogaría que leyese con atención la guía de la asignatura, en la que, entre otras muchas cosas de interés, aparece dicho horario.



—Soy consciente de estar fuera de los horarios de su tutoría, profesor, pero aun así me he arriesgado a presentarme aquí para hablar con usted. Le aseguro que es algo de suma importancia. Se trata de un asunto de una trascendencia extrema.

—¿Trascendencia extrema? Esto que usted comenta se sale totalmente de lo habitual. Espero que no vaya usted a hacerme perder mi tiempo, que, como seguro habrá oído decir, es sumamente precioso. En fin, pase. Pase y siéntese.

—Gracias, profesor Peláez. Le aseguro que no malgastaré el tiempo que me concede.

—Bien, ¿cuál es ese tema tan importante? Si tan relevante y vital era, ¿porqué no ha acudido antes a verme? Las calificaciones fueron publicadas hace más de una semana.

—Profesor, le ruego tenga paciencia. Le pondré en antecedentes, primero, si no le importa.

—Comience, joven. Yo le escucho. Por otro lado, dado que su exposición parece que va a ser extensa, espero que no le suponga una impertinencia, pues en caso contrario ahí tiene usted la puerta, pero voy a encenderme un Montecristo. En este mi pequeño reducto de privacidad aún conservo ciertos privilegios, como el de degustar estas obras de artesanía sin igual.

—Por supuesto, profesor Peláez. Verá. Desde que comencé mis estudios superiores, siempre he destacado por ser un excelente alumno. No



quisiera pecar de arrogancia, pero a lo largo de estos años y en las diferentes asignaturas, he obtenido unas calificaciones extraordinarias. Todas alcanzando o rozando la excelencia de la matrícula de honor. Suelo dar el máximo rendimiento en todas las materias, en todas sin excepción, independientemente de la extensión del temario, el método de evaluación, o su dificultad. En general, los estudiantes suelen pecar de falta de actitud, por holgazanería o indolencia en unos casos, o debido a carencia de aptitud, escasez de talento e ingenio, en otros. Allí donde la gran mayoría no alcanza un nivel mínimo apropiado, yo soy capaz de llegar más lejos. Esa ha sido siempre mi meta: alcanzar hasta donde los otros no llegan; hacer cima donde otros se quedan en el intento. Siempre he considerado una verdadera falta de respeto hacia el equipo docente el comportamiento de un amplísimo conjunto de los alumnos que apenas buscan un aprobado, sacar otra asignatura adelante sin más pena ni gloria y sin sacar un óptimo provecho de la dedicación y el entusiasmo con el que ustedes nos transmiten sus conocimientos...

—Muy loable su actitud, señor Guzmán... Continúe, por favor.

—Con ese mismo empeño e interés me sumergí desde principios de curso en su apasionante asignatura, profesor Peláez. Además, el hecho de ser usted un reconocidísimo investigador, afamado autor de estudios y monografías en diversas publicaciones, y con una dilatada y exitosa carrera docente, suponía para mí un reto añadido: estar a la altura de su categoría, ser un digno alumno suyo y obtener su reconocimiento a través de una excelsa calificación a final de curso. Aunque siempre en un lugar discreto en sus clases, sin llamar la atención con las improcedentes y, en algunos casos, deshonrosas preguntas de muchos de mis compañeros, y



sin mostrar mis conocimientos en los ejercicios de clase para no levantar suspicacias ante esos mismos compañeros, fui condensando en mi cerebro todo el cautivador mundo de su asignatura. Es por esto que suelo pasar desapercibido para el personal docente, y tan sólo aparece mi nombre en lugar destacado cuando de conocer las máximas calificaciones se trata. No voy a enumerarle el ingente número de horas de estudio, la concentración máxima en cada una de sus magistrales clases, toda la documentación adicional consultada, o las renuncias en el campo de las relaciones sociales que supusieron el aprendizaje de su asignatura... No sé si me comprende usted...

—Le comprendo perfectamente, señor Guzmán. De nuevo, es encomiable su proceder.

—Puedo asegurarle que en muchas situaciones, es sumamente difícil renunciar a según qué actos de naturaleza festiva y otras celebraciones de ámbito universitario que se suceden a lo largo del curso académico. Tus compañeros de piso, tus vecinos, tus colegas de clase, todos acuden a esos acontecimientos y posteriormente te hablan del increíble goce, deleite y satisfacción que les aporta la presencia y participación en los mismos. Es necesario mantener una posición firme y una actitud estoica para no sucumbir ante esos cantos de sirena y dejarse arrastrar por la influencia de los unos y los otros, provocando el correspondiente abandono del estudio de la materia.

—Cierto, amigo mío. Debo reconocer que comportamientos como el suyo, localizados a cuentagotas por otra parte, son dignos de elogio.

—Gracias, profesor. Después de un sacrificado cuatrimestre, repleto de visitas a la biblioteca, donde pude localizar absolutamente todo el material disponible relacionado con la materia -debo agradecer encarecidamente la paciencia infinita y la profesionalidad y diligencia del personal de la biblioteca y la hemeroteca, que, además, me soportan desde hace años-, llegó el momento de la verdad. La hora de expresar en apenas unos folios que todo lo enseñado ha sido aprendido, que todo lo expuesto ha sido entendido, que todo lo estudiado ha sido asimilado. Un percance, sin embargo, me ocurrió las vísperas de su evaluación, profesor. Un percance penoso y lamentable, de funestas consecuencias, del que me arrepiento... y me avergüenzo terriblemente...

—Bien, veamos de qué se trata... No sea tan duro consigo mismo, señor Guzmán.

—La tarde anterior al día del examen, tenía la asignatura muy bien encauzada. Apenas me quedaba un repaso del tema ocho, uno de los más espinosos, como bien sabe. Serían sobre las cinco, cuando llamaron al timbre. Uno de mis compañeros de piso debió abrir la puerta y desde mi habitación de estudio comenzaron a oírse voces alborotadas y risas, que interrumpieron mi concentración. Salí a ver qué pasaba y me encontré con que en el salón de casa estaban todos mis compañeros y unas jóvenes que no conocía. Tras presentarme cortésmente ante ellas, fui informado de que aquellas damas nos invitaban a una fiesta en su piso. No era la primera vez que éramos invitados a una fiesta, y ya me disponía a volver a mi estudio tras haber declinado su invitación, cuando una de ellas se dirigió a mí, y me dijo que no podía dejar de asistir a su celebración. Debo reconocer que los bellos ojos de la chica y su irresistible sonrisa mientras me



explicaba las razones por las que no podía oponerme a su invitación, causaron en mí una impresión hasta entonces desconocida. No sólo eran sus ojos, sino su sonrisa, su piel, sus labios, su cuerpo... En fin, no querría causarle rubor al hablarle del tipo de sentimientos y sensaciones que se apoderaron de mi espíritu...

—Le entiendo, señor Guzmán. Prosiga.

—Pues bien, de un modo que sigo sin entender, me vi acicalándome al igual que mis compañeros y acompañando a aquellas señoritas hasta su apartamento. Sin entrar en detalles le diré que disfruté de una velada sencillamente deliciosa, acompañado en todo momento de la chica de los bellos ojos, que actuó en todo momento como mi cicerone particular. Su conversación era exquisita, y su hospitalidad hacia mí infinita. Me sentía totalmente fascinado. Debo mencionar que ese sentimiento de fascinación era mutuo y ambos disfrutábamos el uno del otro. Tras finiquitar las últimas gotas de licor que quedaban en el piso, nos lanzamos todos en busca de abastecimiento, para continuar la fiesta. Varias tascas, cervecerías y pubs recibieron nuestra visita y la correspondiente ingesta de alcohol. Los efectos del mismo eran bastante notorios en mí y, si bien al principio habían causado un aumento de mi atrevimiento y desparpajo -muy bien apreciados por el resto del grupo, por cierto-, en los últimos momentos comenzaron a provocarme una torpeza mayúscula y unas irrefrenables náuseas. La joven de los bellos ojos me convenció para salir a la calle, para que el aire fresco me despejara. Juntos y de la mano, nos encaminamos hacia su piso. Poco a poco fui recuperando la lucidez, y noté que mis palabras calaban hondo en mi hermosa acompañante. Casi podía notar en su expresión el hechizo que estaba causando en ella. Cuando llegamos

al portal del piso en que habíamos estado anteriormente y que compartía con las otras chicas, me armé de valor y la besé apasionadamente.

—Sorprendente. Es usted todo un don Juan.

—Y no sólo eso, profesor. Subimos al piso y... digamos que pasé la noche más memorable de toda mi vida...

—Le doy mi más sincera enhorabuena, Guzmán. Quizás peque de cierta impertinencia, pero ¿le queda mucho a su cautivador relato?

—Profesor, le suplico que tenga sólo un poco más de paciencia. Entramos en una parte importante para el desenlace de toda esta historia. Intentaré abreviar en la medida de lo posible. Como iba diciendo, pasé la noche en compañía de la comentada dama. Al amanecer, y con una resaca considerable, me dispuse a dirigirme a la facultad para realizar su examen. Cuál fue mi sorpresa cuando la chica me confesó que ella también tenía que realizar ese mismo examen. ¿Se lo puede imaginar? Me quedé totalmente petrificado, pero al mismo tiempo fascinado. ¿Quién podía haber imaginado que dos personas que se habían conocido el día anterior, no sólo compartían estudios sino que tenían el mismo examen esa misma mañana? ¿No podía ser eso una señal inequívoca del destino? Ella, sin embargo, me comentó que no había preparado bien la asignatura, y que iba con pocas esperanzas de conseguir un ansiado y anhelado aprobado, pues era ésa la tercera vez que se matriculaba en la asignatura. Nos encaminamos hacia la facultad, después de un rápido y efectivo café. Fue un paseo plenamente placentero y agradable en el que disfrutamos de nuestra conversación y mutua compañía. Llegado un momento de la misma, me comentó hasta qué punto eran exigentes sus padres en



cuanto a su rendimiento académico y lo que le supondría un nuevo suspenso en la asignatura. Una vez llegados a la facultad, y justo cuando íbamos a entrar en el aula para realizar el examen, me solicitó un favor, del todo punto inusual: que la ayudara en el examen. En sus ojos pude percibir una mezcla de amargura y embarazo, por un lado, pero también de esperanza, por otro. Sin apenas tiempo para contestar, fuimos llamados a ocupar nuestros asientos en su prueba, profesor Peláez. Me situé al lado de ella, tratando aún de componer en mi cabeza aquella que para mí era tan insólita petición. En cuanto se repartieron las hojas para completar su examen, sin embargo, me aislé y me concentré ante aquellos folios. Es algo que suele sucederme en esos momentos. A pesar de la ingesta desproporcionada de alcohol de la noche anterior, mi mente se centró en los ejercicios y empezó a darles respuestas, tanto a los teóricos como a los prácticos, del mismo modo en que los ejecutaría un autómatas. Cuando apenas acabábamos de sobrepasar la mitad del tiempo de la prueba, yo estaba ya a punto de terminar. Fue entonces cuando miré a mi lado y vi aquellos ojos que ya conocía y esa mirada enternecedora. Algo se cortocircuitó en mi analítico cerebro, pues no pude volver a mi ejercicio. Le aseguro que durante el tiempo que restó hasta la finalización del examen, una lucha sin cuartel se produjo en mi interior. Por un lado, el recuerdo de la noche anterior, el inolvidable paseo hasta la facultad de esa misma mañana, las confianzas compartidas, la complicidad... En la otra parte de la balanza pesaba mi prometedor futuro, mi dignidad y mi sentido de la honestidad, pues jamás me había involucrado en ese tipo de situaciones. Cuando llegó el momento de entregar los exámenes, la balanza se decantó de parte de la dueña de aquella maravillosa sonrisa. Dado que tengo la costumbre de no poner mi nombre hasta el final de la prueba, de cara a

no perder tiempo al comienzo, decidí finalmente entregarle mi examen para que pusiera su nombre. Con gran disimulo, y ante el desorden que se produce cuando finaliza el tiempo con los que aún no han entregado, hicimos el cambio. Ella, que intuía que al final la ayudaría, me entregó el suyo, también sin nombre, para que lo entregara como mío.

—Es enternecedor, amigo mío. De veras. Muy altruista por su parte. ¿Concluye aquí su fantástica narración, señor Guzmán?

—Aún no, profesor. La calificación del examen entregado por mí fue de 4,9, apenas un triste aprobado. Y la de ella, un 9. A día de hoy, y con la objetividad que da la distancia con respecto a los hechos de aquel día, debo reconocer abiertamente que me equivoqué. No puedo permitirme un simple aprobado en éste que era uno de los últimos exámenes antes de obtener mi titulación. Mi expediente académico debe quedar sin mácula alguna. Y un simple aprobado es una mancha que puede provocar oscuridad en lo que hasta entonces era un brillante expediente. No puedo esperar a presentarme en la convocatoria de septiembre para mejorar esa nota, pues una oportunidad profesional única se ha presentado para este verano, y depende de esa calificación. Mi futuro y, por tanto, el resto de mi vida dependen de lo que suceda hoy en su despacho, profesor. De ahí la importancia capital de la que le hablé al principio. Le suplico tenga en cuenta todo lo que le he detallado, totalmente verídico, y me asigne la calificación que realmente merezco.

—Vaya, señor Guzmán, lamento oír todo esto. No me lo esperaba. Le he escuchado con suma atención. Ahora seré yo el que se manifieste. Antes de todo, supongo que ya habrá oído decir que muchos de los que



se presentan en este despacho para la revisión de su examen, tras una comprobación exhaustiva por mi parte, salen con una calificación inferior. Lo que usted solicita sin embargo, no es siquiera una revisión, pues pretende que le adjudique, directamente, la calificación de otra persona, que cambie las actas sólo porque debo confiar en usted. Durante gran parte de su exposición, he creído en sus palabras. Le felicito por ello. Pero ahora que ya conozco el fin último de su visita, no puedo sino lamentar mi falta de perspicacia. No volveré a cometer la misma equivocación con usted. Sin duda es la suya una historia conmovedora, con un buen argumento, un magnífico desarrollo, y un final apoteósico. Se expresa usted divinamente, querido amigo, con precisión y maestría, eso no se lo discuto. Tiene además la habilidad de hacerme partícipe de sus observaciones, creando cierta empatía, y no faltan las referencias aduladoras hacia mi persona. No escapan a sus reflexiones los halagos a la profesión docente o incluso al personal de la biblioteca que, como a buen seguro ya sabe, es fiel colaborador mío en muchos de mis trabajos e investigaciones. Bravo, señor Guzmán...

—Está usted errando en su apreciación de todo este asunto, profesor, le aseguro que...

—Aún no he acabado, señor Guzmán. No puedo dejar de admirarme ante sus emotivas palabras acerca de su abnegada conducta, la renuncia a los actos de diversión y recreo y, cómo no, la arrebatadora narración de su romance. Magnífica interpretación. ¿Asiste usted a clases de teatro, o es algo innato en usted? Hay, sin embargo, un detalle que sigo sin entender, y es por qué ha venido a verme hoy y no justo después de conocer los resultados de mi prueba.

—Profesor Peláez, la razón de que me haya personado hoy es que ayer mismo tuve constancia de un hecho crucial, un hecho que lo cambia todo. He sabido que la joven que consiguió burlar mi confianza e indujo a que le entregara mi examen, es una verdadera maestra en el arte de embaucar a ingenuos como yo. Una gran mayoría de las asignaturas que ha aprobado en la titulación que cursa, las ha obtenido de la misma manera: elige a un estudiante con altas probabilidades de aprobar, asegurándose que sea una presa fácil para ella. Seduce a la víctima y consigue persuadirla hasta que ésta, irremediablemente, sucumbe a sus encantos. Luego, el día de autos, sólo queda recoger el fruto cosechado anteriormente, ayudándose, si es preciso, de un gesto afligido o una sonrisa angelical.

—Si eso fuera cierto, señor Guzmán, y no estoy diciendo que lo sea, ni que le crea, debería usted decirme inmediatamente el nombre de tal señorita, pues me encargaría personalmente de movilizar a toda la facultad si es necesario, o incluso recurrir al rectorado, para destapar a esa farsante y llevar ante la ley a semejante estafadora. Estaríamos hablando de una persona sin ningún tipo de escrúpulos, ni consideración hacia la enseñanza o respeto hacia esta institución. No puedo permitirme el tener a un ser tan ruin y despreciable como alumno mío, ni esta universidad tampoco. Si por el contrario esa acusación fuera falsa, le aseguro que estaría usted arrepintiéndose toda su vida del día en que pisó este despacho.

—No tengo ningún problema en decirle su nombre, profesor Peláez. La joven a la que usted se refiere como “estafadora” o “farsante” atiende al nombre de Marta Peláez, y sí, es su hija. Estaré dispuesto a colaborar en



todas las investigaciones que se realicen desde la propia facultad o el rectorado para expulsarla de la universidad, aportando pruebas concluyentes, si es necesario. ¿O preferiría usted cambiar las actas y concederme la calificación que realmente me corresponde, y que olvidemos todo este desagradable incidente?

FIN